

vieron que retroceder. Su retirada se cambió en plena derrota. Lord Raglán calculaba las pérdidas moscovitas en aquella jornada en 15.000 muertos y heridos.

El invierno en Crimea. Muerte del emperador Nicolás (2 de marzo de 1855). — El 14 de noviembre estalló sobre la escuadra y campamento de los aliados una horrible tempestad; las tiendas fueron derribadas, las barracas destruidas y varios transportes se fueron á pique ó á la costa. El gobierno turco mandó fabricar tiendas cónicas, y los aliados recibieron ropa á propósito para luchar contra las lluvias glaciales y la nieve que no cesaba de caer.

El puerto y la ciudad de Balaklava estaban repletos de provisiones; pero el mal estado de los caminos y la insuficiencia de los medios de transporte no permitían llevarlos al campamento. Los ingleses sufrieron más que los franceses á consecuencia de las intemperies y privaciones, porque estos últimos soldados estaban acostumbrados á los sufrimientos de las luchas de África, mientras que las tropas británicas no conocían semejantes pruebas. Hubo que ayudarles, pues lo necesitaban tanto como en Inkermann. Perdieron 20.000 hombres, víctimas del cansancio, el frío y el hambre.

Con arreglo á un decreto del emperador, el ejército francés fué dividido en dos cuerpos, el primero de los cuales quedó al mando del general Pélissier y el segundo á las órdenes del general Bosquet. Pocos días antes, los vicealmirantes Sir Edmundo Lyons y Bruat habían sustituido á los almirantes Dundas y Hamelin.

La Puerta resolvió enviar á los aliados considerables refuerzos; 35.000 turcos desembarcaron en Eupatoria, que se fortificó. La posición era efectivamente muy importante, pues desde allí se podía molestar á los rusos en Perekop y en Sinferopol, y estorbar sus comunicaciones. Los moscovitas lo comprendieron y resolvieron atacar el 17 de febrero á Omer Bajá, como á los ingleses en Inkermann, esperando tomar de un golpe

de mano la plaza que ocupaban; pero los turcos, sostenidos por la guarnición francesa, los rechazaron.

Este fracaso llenó de amargura el alma del czar, que además había visto con gran desencanto cómo olvidaba la corte de Viena los servicios que él le prestara. En efecto, Austria firmó en 2 de diciembre con Inglaterra y Francia un tratado por el cual las tres potencias se comprometían á no tratar para nada con Rusia sin ponerse previamente de acuerdo entre sí. Así se desvanecían los proyectos del czar que, en su sombría desesperación llamó á las armas todos los hijos de la Santa Rusia, convocando para la defensa patria las milicias del Imperio.

Este fué el último acto de su vida política, pues el exceso de sus preocupaciones y de sus pesares lo llevó á la tumba. Murió en efecto súbitamente el 2 de marzo, sucediéndole su hijo Alejandro II.

Tratado con el Piamonte. El general Pélissier reemplaza á Canrobert (16 de mayo de 1855).

— El Piamonte había entrado el 26 de enero de 1855 en la liga anglo-francesa, firmando el 17 de marzo siguiente un convenio particular con la Puerta. Después de esto, 10.000 sardos á las órdenes del general La Marmora fueron transportados á Balaklava por barcos franceses é ingleses en la primera quincena de mayo.

Este refuerzo no era inútil, pues el emperador Alejandro levantaba en masa sus súbditos y proclamaba en su manifiesto del 6 de mayo la insuficiencia de sus ejércitos. Cansado Canrobert á fuerza de los trabajos exigidos por una misión heroicamente desempeñada presentó su dimisión del mando en jefe. Este general había tenido la gloria de conservar intacto su ejército, á través de las dificultades de un penoso y terrible invierno. Un decreto del 16 de mayo nombró para reemplazarlo al general Pélissier, cuya energía era proverbial en todo el ejército.

Ocho días más tarde (24 mayo) una división de las escuadras aliadas se dirigió hacia el mar de Azof á las

órdenes de los almirantes Lyons y Bruat para privar á los rusos de sus principales centros de aprovisionamiento. Los rusos mismos volaron los fuertes de Kertch y de Jeni Kalé, con los almacenes destinados á proporcionar vituallas á Sebastopol. Taganrog quiso resistir, por lo cual fué bombardeado, lo mismo que Arabat. Los depósitos que los rusos habían establecido á orillas del mar de Azof fueron destruidos, quedando en Anapa, punto de la costa de Circasia, una guarnición turca (13 junio).

Algunos días antes se verificó un glorioso hecho de armas ante los muros de Sebastopol, ilustrando el principio del mando de Pélissier. En efecto, los franceses tomaron el promontorio Verde delante de la torre de Malakof, y el reducto del Carenado, mientras los ingleses tomaban las *Canteras*, puesto avanzado que cubría al gran Redán.

Este triunfo animó tanto al ejército, que el 18 creyó posible Pelissier el asalto general. Designáronse para el ataque tres columnas francesas. Éstas se estrellaron contra la torre de Malakof, mientras que los ingleses sufrían inútilmente ante Redán grandes pérdidas. Uno de los generales se engañó tomando por una señal que estaba convenida un disparo casual, y el movimiento empezó demasiado pronto, no siendo ejecutado con la unidad necesaria para que fuese favorable el éxito.

Batalla de Trakir (16 agosto). **Toma de Sebastopol** (8 sept.). — El estado sanitario del ejército dejaba mucho que desear. Hacía crueles estragos en las filas el cólera, que desde hacía algunos días se había recrudescido con los calores de la estación. Lord Raglán murió á causa de la epidemia en la noche del 29, siendo nombrado para sustituirle el general James Simpson. Era éste de parecer de continuar el bombardeo y ocasionó la dimisión del general Canrobert, oponiéndose con toda su fuerza al proyecto de asedio.

Habiendo ido á París la reina Victoria el 18 de agosto á devolver al emperador y á la Emperatriz la

visita del mes de abril, se tuvo entonces conocimiento de tres triunfos logrados por las escuadras y tropas aliadas : la toma de Sweaborg por la escuadra del Báltico, la destrucción de la ciudad rusa de Petropaulowsk y la victoria de Traktir.

Los rusos, atemorizados con los progresos de las fortificaciones francesas alrededor de Sebastopol, habían decidido hacer el último esfuerzo para obligarles á levantar el sitio. El 16 de agosto, el grueso de las tropas, descendiendo de las alturas de Mackensie, avanzó, amparado por la oscuridad de la noche, sobre el Tchernaiá. Desde la mañana, los altos que dominan la orilla derecha de este río se hallaban cubiertos de cañones que comenzaron el fuego contra los franceses.

Los piemonteses, que fueron los primeros en notar el movimiento de las columnas rusas, fueron asimismo los primeros en resistir el ataque, siendo pronto secundados por las tropas francesas, bajo las órdenes del general Herbillón. Á las nueve de la mañana los rusos se vieron obligados á batirse en retirada bajo el fuego de la artillería de los franceses y piemonteses, que los persiguieron separadamente hasta el puente de Traktir, matándoles mucha gente. Las pérdidas de esta jornada se calcularon en 3.000 muertos y 5.000 heridos.

Después de la batalla de Traktir, que dió el golpe de gracia á las esperanzas de los rusos, los generales aliados resolvieron el asalto de Sebastopol. El bombardeo comenzó el 5 de septiembre ; en 24 horas fueron lanzadas sobre la plaza 70.000 balas y 16.000 bombas de obús. Con la misma intensidad se continuó el 6 y el 7. El día 8 se dió el asalto general, y á mediodía, los reductos de Malakof y el fuerte de Carenado fueron tomados por los soldados franceses al grito de : *Viva el Emperador!*

Al día siguiente, el general Pélissier, justamente orgulloso de este éxito, dirigió á las tropas la siguiente proclama : « Sebastopol ha caído ; la toma de

Malakof ha sido la causa. Con sus propias manos, el enemigo ha hecho volar sus formidables defensas, ha incendiado la ciudad, sus establecimientos y factorías militares y ha echado á pique en el puerto el resto de sus buques. El baluarte del poderío ruso en el mar Negro, no existe ya. »

Los franceses perdieron en esta jornada memorable 7.551 hombres y los ingleses tuvieron 2.447 fuera de combate.

§ III. — *Congreso de Paris. — Principados danubianos.*

Convenio con Suecia (21 nov. 1855). — Después de la toma de Sebastopol, los rusos se retiraron á la parte septentrional de la plaza que comprendía la batería Constantino, y los fuertes Catalina, Soukaia, Severnaia y del Norte. No habiendo podido decidirlos el general Pélistier á un nuevo combate, las flotas aliadas fueron encargadas de comenzar otra vez sus exploraciones en el mar de Azof.

Una escuadra de 37 navíos franceses y de 50 barcos ingleses penetró en el mar Negro y ayudada por baterías flotantes inventadas por el emperador Napoleón III, se apoderó el 17 de octubre de Kinburn, situada á tres kilómetros de Otchakoff. Los rusos, en su desesperación, volaron Otchakoff y los aliados pudieron desde estos dos puntos dirigirse sobre Kherson y Nicolaïeff, arsenal principal de la Rusia y objeto de la expedición.

El emperador Alejandro II había visitado el 29 de septiembre esta plaza fuerte con el gran-duque Constantino y el célebre ingeniero general Tottleben, al que cupo la honra de la defensa de Sebastopol. De allí se dirigió á Crimea para organizar la resistencia y entusiasmar las tropas.

La Rusia, sin embargo, se encontraba en una situación muy crítica. Su comercio se hallaba entorpecido por las escuadras de los aliados, que tenían bloqueadas las costas de la Siberia y se habían posesionado desde hacía dos años de todo el litoral del mar Blanco. La

Suecia, que tanto había sufrido con las continuas invasiones de la Rusia, aprovechó las circunstancias para unirse á las potencias occidentales. El gabinete de San Petersburgo deseaba desde hacía tiempo obtener algunas concesiones sobre las costas de esta potencia, á fin de poderse poner libremente en comunicación con el Océano.

El emperador Napoleón III envió á Stokolmo al general Canrobert para concluir las negociaciones entabladas á propósito de esto con la Suecia. El antiguo general en jefe del ejército de Crimea fué recibido con entusiasmo, y el 21 de noviembre de 1855, el rey de aquella nación contrajo el compromiso de no hacer á la Rusia concesión alguna. Viendo ésta, por su parte, que le faltaban las alianzas, con las cuales creía contar, resolvió poner fin á una lucha, que concluiría por ser para ella desastrosa. El 25 de febrero de 1856, se pactó un armisticio por mediación del Austria y se abrió el Congreso de Paris.

Congreso de Paris. Tratado del 30 de marzo de 1856. — Las negociaciones comenzaron primero entre Francia, Inglaterra, Cerdeña y Austria, de una parte, y la Rusia de la otra. El Congreso celebró sus sesiones en el Ministerio de Negocios Extranjeros, siendo elegido presidente por unanimidad el Conde de Walewski, entonces ministro. La Prusia no fué admitida hasta el 22 de marzo porque entonces debían modificarse los tratados de 1840 y 1841, relativos á los estrechos marítimos, que esta potencia había firmado.

Se estipuló que la Turquía quedaría bajo la garantía general de las potencias extranjeras, las cuales se comprometían á mantener la independencia y la integridad de su imperio; que el mar Negro sería un mar neutral y que se abriría, por tanto, á los buques mercantes, quedando cerrado á los navíos de guerra. Los gobiernos de San Petersburgo y Constantinopla se comprometieron mutuamente á sostener el número de barcos necesarios para el cuidado de las costas y á no tener

sobre el litoral ningún arsenal marítimo, como el de Nicolaïeff.

Quedó completamente abolido el protectorado ruso sobre los Principados Danubianos, reservándose las cuestiones relativas á la organización de estas provincias. Sé declaró libre la navegación del Danubio en todo su curso y se convino en que cada potencia podría estacionar en su desembocadura uno ó dos barcos menores para asegurar el cumplimiento de los reglamentos, y que la frontera rusa sería rectificad de manera que en adelante no pudiese llegar hasta las bocas mismas del río. Así se quitó á Rusia todo pretexto para inmiscuirse en los negocios interiores de Turquía y se le negó el protectorado que pretendía tener sobre los súbditos del sultán que profesaban la religión griega. En suma, se le prohibió poseer ningún punto fortificado en las islas de Aland.

Este tratado arrebatava á la Rusia toda la influencia y el poder que había adquirido desde principio del siglo; en el momento en que ella se creía próxima á la realización de sus ambiciosos proyectos, la Francia la había obligado á retroceder. La Turquía había sido salvada una vez más, y la Rusia, que había marchado desde 1812 de triunfo en triunfo, había visto debilitado el prestigio de que gozara en Europa.

Quince días antes de la conclusión del Congreso, el 16 de marzo, nació el Príncipe Imperial. El Emperador, cuyo prestigio había elevado tanto la presencia de los enviados de las grandes potencias en París, tuvo además la satisfacción de ver consolidada su dinastía con este feliz acontecimiento. El bautizo se realizó con gran pompa en Nuestra Señora, siendo padrino el Papa, que se hizo representar por el Cardenal vicario.

Nuevos principios del derecho de gentes. —

Al tratado de París se agregó la declaración del 16 de abril, que tuvo por objeto realizar un nuevo progreso en el derecho internacional. El Conde Walewski, autor de esta declaración, hizo notar que el Congreso de

Westfalia había consagrado la libertad de conciencia; que el Congreso de Viena había abolido la trata de negros y proclamado la libre navegación de los ríos y que sería digno del Congreso de París el poner fin á las demasiado largas disidencias, sentando las bases de un derecho marítimo uniforme en tiempos de guerra.

En consecuencia, propuso la aceptación de estos cuatro principios: 1º. abolición de las patentes de corso; 2º. el pabellón de nación neutral cubre la mercancía enemiga, exceptuando el contrabando de guerra; 3º. la mercancía neutral, exceptuando el contrabando de guerra, no es susceptible de embargo, ni aun bajo el pabellón enemigo; 4º. los bloqueos no serán obligatorios hasta tanto que no sean efectivos.

Todas las potencias aplaudieron esta declaración. Lord Clarendon, representante de Inglaterra, la aceptó también; sin embargo, esta antigua nación no podía ver sin disgusto aquella concesión hecha al espíritu moderno.

En interés de la paz el Congreso hizo votos para que en el porvenir los Estados, entre los cuales nacieran disentimientos serios, recurriesen, antes de apelar á las armas y en tanto que las circunstancias lo admitiesen, á los oficios de una potencia amiga.

Unión de la Moldavia y de la Valaquia. —

Habiéndose reservado en el tratado de París las cuestiones relativas á los principados danubianos, la diplomacia se ocupó de ellas, celebrándose con este fin en París, á continuación del Congreso, en mayo y agosto de 1858, algunas conferencias. La Francia opinaba que debían reunirse la Moldavia y la Valaquia, según el deseo de los habitantes de estas provincias, unánimes en proclamar su nacionalidad. La Inglaterra y la Rusia hallábanse al principio animadas del mismo sentimiento, pero la primera no tardó en cambiar de parecer y el Austria mostró en las discusiones una desconfianza y malquerencia, que comenzaron á enfriar sus relaciones con la Francia.

Prevalció, sin embargo, el pensamiento de esta nación. El 29 de agosto firmaron las dos grandes potencias un convenio, por el cual la Moldavia y la Valaquia formarían un solo estado bajo el nombre de Principados Unidos. Se acordó que tuvieran una legislación común; que cada principado tendría su ejército, pudiendo reunirlos para la defensa de sus fronteras; que elegiría cada cual un jefe, que tendría por centro directivo un gran consejo, encargado de dar el mismo impulso á la administración de los dos países, y, en fin, que sus derechos civiles serían reglamentados de acuerdo con los principios franceses de 1789.

De tal suerte era esta unión conforme á los deseos de aquellas poblaciones, que tan luego como los dos países fueron convocados para la elección del jefe (*hospodar*), el uno y el otro dieron su voto al coronel Couza, para demostrar con ello cuán hostiles eran á su separación. La Puerta se alarmó con esta elección, allanándose las nuevas dificultades con la declaración de 6 de septiembre de 1859, que reconocía que esta doble elección no alteraba en nada el convenio del 19 de agosto de 1850 y que no podría conservarse como un precedente, que se pudiera invocar en tiempos ulteriores.

Expedición de Siria (1860). — En la negociación de estos asuntos, demostraron los turcos que habían ya olvidado los inmensos servicios que los franceses les habían prestado en Crimea. No habiendo persistido la Inglaterra en sostener la unión de los principados danubianos, éstos le quedaron agradecidos de haberse puesto en contradicción consigo misma y prefirieron su alianza á la de la Inglaterra. La ingratitud de la Puerta se manifestó todavía de una manera más evidente con motivo de los asuntos de Siria.

En 1840, Mr. Guizot había señalado como un peligro el devolver la Siria al imperio otomano por creer que los cristianos de aquel país no serían debidamente protegidos por los oficiales del Sultán; las demás potencias no se habían hecho cargo de esta considera-

ción. Los sucesos vinieron á confirmar cada día los temores de la Francia.

La población de Siria se hallaba dividida en dos partes: los Maronitas, cristianos, y los Drusos, mahometanos. La oposición de carácter, costumbres y creencias era cada vez mayor. Los Drusos, feroces y guerreros, querían exterminar completamente á los Maronitas, tranquilos y pacíficos como todos los pueblos agrícolas. En mayo de 1860, los Drusos, unidos á los Beduinos y á los Kurdos, que compartían su fanatismo, se arrojaron sobre los cristianos, después de haber incendiado sus casas y devastado sus campos. En Damasco, la población musulmana se precipitó sobre el barrio de los cristianos, donde se entregaron al pillaje, al asesinato y al incendio.

Los gobernadores turcos no realizaron ningún esfuerzo serio para contener el furor de los Drusos con los cuales hicieron causa común las tropas del Sultán, en lugar de reprimir sus violencias. Abd-el-Kader tan sólo hace uso de su reputación para calmar á los fanáticos é impedir que aumentasen el número de las víctimas.

Al tenerse noticia de estos tristes sucesos, un solo grito resonó en Francia y en toda la Europa, demandando la intervención en favor de los desgraciados cristianos. Se abrió una suscripción para aliviar la miseria de sus familias, cruelmente diezmadas por aquellos terribles atentados. La Inglaterra, que ha temido siempre el engrandecimiento de la Francia, no había querido la intervención. Sin otro móvil que su interés, esta nación pareció conmoverse poco por los sufrimientos de los cristianos, inquietándose por el contrario de la conservación del imperio otomano.

Habiendo declarado el emperador Napoleón III que él intervendría únicamente en interés de la humanidad y que la bandera francesa iría á defender á los cristianos de Oriente en nombre de la Europa entera, la Inglaterra no encontró nada serio que oponerle. Se formó

un cuerpo expedicionario de 12.000 hombres y el 8 de agosto, el Emperador les dirigió, en el campamento de Chalons, la proclama siguiente : « Soldados, marcháis á Siria y la Francia saluda con entusiasmo una expedición que no tiene otro objeto que hacer triunfar los derechos de la justicia y de la humanidad. Sobre aquella lejana tierra, rica en grandiosos recuerdos, cumpliréis con vuestro deber y os mostraréis dignos sucesores de aquellos héroes que condujeron gloriosamente el estandarte de Cristo. No sois muchos, pero vuestro valor y vuestro prestigio reemplazarán el número, porque por donde quiera que pasa hoy la bandera francesa, saben todos los pueblos que hay una gran causa que la guía, y una gran nación que la sigue.

Bastaba en efecto, mostrar el estandarte francés en Oriente para restablecer el orden y la tranquilidad. Los Drusos huyeron á la llegada de las tropas, mientras que los Maronitas acudieron á ellas con confianza, implorando su protección. Para no herir las susceptibilidades de la Inglaterra, se convino en que la ocupación de Siria no pasaría de seis meses. No habiendo sido, sin embargo, suficiente este tiempo para tranquilizar las poblaciones que habían ido á socorrer, la expedición se prolongó hasta el 5 de junio de 1861.

El emperador hizo regresar á Francia entonces las tropas; pero la escuadra francesa permaneció á la vista de las costas, dispuesta á intervenir siempre que los cristianos se encontrasen de nuevo amenazados. Durante este tiempo se trabajó en dar á las poblaciones del Líbano una organización capaz de evitar semejantes calamidades. Los Maronitas y los Drusos fueron reunidos bajo un mismo gobierno y sometidos á las mismas leyes, reconociendo, no obstante, la soberanía de la Puerta.

Revolución en las provincias moldo-valacas.

— Después de algunas excitaciones, la Puerta había reconocido la unificación de la Moldavia y la Valaquia en lo tocante al orden administrativo y legislativo

(4 dec. 1861). Una cámara sola se reunió en Bucharest, bajo los auspicios de un solo ministerio, cuya presidencia se confió á M. Barbo Catardgi, pero no tardaron en declararse algunas disidencias entre los diputados y el príncipe reinante.

Las cuestiones más irritantes fueron las de las propiedades rurales y de los bienes de los conventos griegos. Las tierras habían estado hasta entonces agobiadas de cargas é impuestos, que no permitían á los campesinos ser verdaderos propietarios. El gobierno quiso modificar este estado de cosas, considerando á los campesinos libres de las servidumbres que combatían, mediante una indemnización que debían pagar á los antiguos propietarios. Esta transformación no podía menos de ser ventajosa para la generalidad de la población, pero chocaba con grandes intereses.

Los frailes cismáticos griegos poseían bienes considerables en Rumania. Una parte de las rentas de estos monasterios estaba afecta al convento de los Santos Lugares, que pretendía ser su propietario. Se nombró una comisión para que examinase el valor de sus pretensiones, la cual reconoció que los bienes de todos los conventos pertenecían en plena propiedad al país moldo-valaco, pero que las ventas estaban destinadas principalmente á sostener las obras pías de los indígenas y á contribuir subsidiariamente al entretenimiento de los Santos Lugares.

El gobierno del príncipe Couza acordó la secularización de todos estos bienes con gran descontento de la Rusia, que defendía á los monjes griegos, sus agentes más adictos en las provincias unidas. Ofreció una indemnización de 150 millones de piastras á los monjes desposeídos, é hizo la iglesia rumana independiente del patriarca de Constantinopla, como las iglesias griegas de Rusia, de Grecia y de Austria. Esto era crear un cisma dentro de otro cisma, y esta revolución religiosa no podía menos de excitar grave descontento.

La legislación sobre la propiedad había sido modi-

ficada algunos meses antes por un decreto del príncipe dado en 26 de agosto de 1864. Suprimía este decreto en toda la Rumanía las servidumbres corporales, el diezmo, el transporte de leñas, todas las cargas y redenciones debidas al dueño, sea en metálico ó en géneros, y hacía al campesino pleno propietario con la condición de pagar una indemnización, que la ley misma debía fijar y que debería ser satisfecha en quince años. Esto era una verdadera revolución social.

La oposición que el gobierno encontró en las cámaras había producido una modificación en la constitución misma y había llegado á hacer una revolución política. Por otro decreto del 14 del mayo del mismo año, la asamblea quedó disuelta. Couza sometió á la aprobación del país un nuevo estatuto, que confiaba los poderes públicos al príncipe, al Senado y á una asamblea electoral. Todos los rumanos griegos fueron llamados á votar *si ó no*. Hubo 713.000 votos en favor y 50.000 en contra y el plebiscito fué presentado solemnemente al príncipe el 2 de junio. Este se dirigió inmediatamente á Constantinopla é hizo que lo aprobara la Puerta-otomana. Al cabo de cien dificultades, una conspiración militar (febrero 1866) sorprendió en su palacio al príncipe Couza obligándolo á abdicar y á huir.

La Asamblea legislativa eligió príncipe al conde Felipe de Flandes, hermano de Leopoldo II, pero el ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica hizo saber oficialmente que el príncipe rehusaba el ofrecimiento.

El gobierno provisional disolvió las Cámaras, por haber sido elegidas bajo la influencia de Couza, hizo un nuevo llamamiento al país, y, en virtud de un plebiscito fué proclamado príncipe el 20 de abril en 1866, bajo el nombre de Carlos I, Carlos de Hohenzollern-Sigmaringem.

La conferencia reunida en París con motivo de los Principados, declaró esta elección contraria á los Tratados (3 mayo). El príncipe, sin embargo, si dirigió de incógnito á Rumanía, prestó juramento á la Consti-

tución, y, siendo aclamado, se puso al frente de las provincias.

CAPÍTULO III.

GUERRA DE ITALIA.

Para la guerra de Crimea, la Francia se alia con Inglaterra para oponerse á la política invasora de Rusia, que con pretexto de proteger á sus correligionarios, quería llegar á Constantinopla y absorber la Turquía. — Después de la toma de Sebastopol, la Inglaterra hubiera deseado continuar la guerra y destruir la flota rusa en provecho de su poderío marítimo. Napoleón III no quiso traspasar los límites que se había trazado y el congreso de París conjuró el peligro que corría la Europa, sin satisfacer la ambición desmesurada de la Gran-Bretaña. La guerra de Italia tuvo por objeto reprimir el poder del Austria, que se había extendido por toda la Península contrariando el espíritu de los antiguos tratados. La paz de Villafranca señala perfectamente los límites, en que debía encerrarse la acción francesa. El Piamonte pasa los suyos, anexionándose la Italia central y la meridional. Para no formar una potencia demasiado fuerte sobre las fronteras francesas, cedió á Napoleón la Saboya y el condado de Niza, tomando entonces Víctor Manuel el título de rey de Italia.

§ I. — *Guerra de Italia, paz de Villafranca y tratado de Zurich (1859).*

Papel del Austria y del Piamonte durante la guerra de Crimea. — El Austria observó una conducta equívoca durante la guerra de Crimea. Estando dispuesta á declararse por la Francia y la Inglaterra había formado un tratado con estas dos potencias, pero cuando fué preciso obrar, se negó á cumplir sus compromisos, fundándose en la gratitud que debía á Rusia, cuando en realidad sus tergiversaciones reconocían por causa su tradicional mala fe.

El Piamonte, por el contrario, entró francamente en la alianza que la habían ofrecido las potencias occidentales, y no vaciló en enviar á Crimea sus mejores tropas, que, según la expresión del general Simpson,